

De la tradición oral al registro escrito. Una reflexión acerca de las bases de la historiografía latinoamericana¹

Liliana Regalado de Hurtado

Pontificia Universidad Católica del Perú

62

Resumen

Los pueblos americanos tuvieron que adoptar la escritura conforme el valor y la orientación propia de la cultura letrada europea en el Viejo Mundo de los inicios de la modernidad. En esa época la literatura histórica todavía estaba infiltrada por tradiciones legendarias medievales y los movimientos humanista y renacentista, con la admiración que prodigaban al mundo clásico, pusieron sobre la mesa de los historiadores y cronistas modernos imágenes y mitos antiguos que ellos utilizaron tanto para adornar sus escritos como para explicar y dar cuenta de porciones del pasado americano sobre todo, cuando debían hacer la compulsión de la tradición oral manejada por los hombres americanos. Tradición oral americana y europea alimentaron el conocimiento y la escritura acerca del pasado que se empezó a producir entonces en nuestro subcontinente aunque, en mayor proporción, esos relatos se referían a la historia inmediata y del tiempo presente de sus autores.

Palabras clave: Historiografía, Latinoamérica, tradición oral, crónicas

¹ Sobre el tema puede consultarse el capítulo cuarto de Regalado 2010

Abstract

The American people had to take writing as the value and the actual direction of European legal culture in the Old World of the beginnings of modernity. At that time the historical literature was still infiltrated by medieval legendary traditions and humanistic and Renaissance movements with admiration lavished the classical world, put on the table historians and chroniclers modern images and myths old they used both to adorn their written to explain and account for portions of the American past especially when compulsa should make oral tradition run by American men. American and European oral tradition fed knowledge and writing about the past that then began to produce in our subcontinent although in greater proportion, these stories concerned the immediate history and the present time of the authors.

Keywords: Historiography, Latin America, oral tradition, stories

Es sabido que las sociedades occidentales y americanas tenían al momento de su encuentro -fruto de la era europea de los descubrimientos- regímenes diferentes de historicidad. Por consiguiente, ambas miraban al tiempo y se relacionaban con él de manera distinta. Los aborígenes americanos concebían al curso de lo temporal de manera cíclica, cifraban en los relatos orales (mitos y leyendas) la explicación y sustento de la realidad y centraban su atención en el pasado remoto de cara a un presente subordinado a él mientras que los europeos, desde muchos siglos atrás, habían asumido la idea de un tiempo

concebido de forma lineal por lo que daban a los relatos orales un valor distinto al que otorgaban a los textos escritos y establecían claras diferencias entre mito, leyenda e historia.

Sin embargo, debemos tomar en cuenta que si bien los pueblos americanos tuvieron que adoptar la escritura (cuando no la poseían o adaptar la que tenían) conforme el valor y la orientación propia de la cultura letrada europea en el Viejo Mundo, en los inicios de la modernidad la literatura histórica todavía estaba infiltrada por tradiciones legendarias medievales y que los movimientos humanista y renacentista con la admiración que prodigaban al mundo clásico pusieron sobre la mesa de los historiadores y cronistas modernos imágenes y mitos antiguos los mismos que fueron utilizados tanto para adornar sus escritos como para explicar y dar cuenta de porciones del pasado americano, sobre todo cuando debieron hacer la compulsa de la tradición oral manejada por los hombres americanos. De esta manera tradición oral americana y europea alimentaron el conocimiento y la escritura acerca del pasado que se empezó a producir entonces en nuestro subcontinente. Asimismo, conviene anotar que en mayor proporción esos relatos se referían a la historia inmediata y del tiempo presente de sus autores.

Sobre la base de todo lo que hasta aquí hemos mencionado creemos que cabe hablar de una historiografía indiana como fase inicial de la historiografía latinoamericana y, por lo tanto, no nos resultará difícil contemplar la validez de la propuesta de considerar a los cronistas como una suerte de primeros historiadores de Latinoamérica, sea por el origen o por la temática de sus escritos, además de su clara intención de narrar, dar cuenta de los

acontecimientos, de los orígenes y las causas y también de las consecuencias de los sucesos en los que la mayoría de las veces fueron actores cuando no testigos o curiosos recopiladores de información. Así las cosas, llegaron a elaborar trabajos «históricos» de diversa envergadura para alcanzar propósitos también variados, aunque en última instancia, todos ellos persiguieran, más allá de intereses inmediatos y en ocasiones subalternos, aprehender la realidad y dejar constancia de los hechos.² Todos se preocuparon por aclarar que lo esencial de sus escritos estaba conformado por un núcleo de verdad irrefutable ya que entendían al pasado como una entidad objetivamente enfrentada a ellos y deberían ajustarse a la misma para librarse de la superchería, la leyenda y el error pese a que hacia 1540 había quienes -como el teólogo español Melchor Cano- opinaban que aparte de los autores sagrados no había historiador que pudiera ser considerado veraz puesto que sus relatos estaban necesariamente distorsionados por las emociones e imperfecciones propias del ser humano (Kagan 2010 p. 26).

De hecho, la producción cronística e histórica desarrollada durante el dominio ibérico en América no fue pareja en cuanto a su cantidad ni tampoco a la atención que se le dispensó en Europa dado que Nueva Granada, las regiones del Río de la Plata, Venezuela, el Caribe, etcétera fueron temas de los relatos y atención de primer orden en los primeros tiempos de la expansión europea en nuestro continente pero es fácil advertir, en un segundo momento, la importancia que tuvo la producción cronística e histórica de Brasil, México y Perú o en torno

² Una opinión en extremo discordante a partir de una lectura particular del libro de Edmundo O’Gormann *La invención de América* es la de Guy Rozat «[...] en el relato de un aparentemente “Nuevo Mundo”, se trata para sus autores no de intentar describir y encontrar la novedad, lo recién descubierto, el diferente, el otro, sino a cada instante de esta fiebre discursiva de reencontrar bajo esta máscara de la novedad, el mundo antiguo, el ya conocido, la permanencia, la figura de la eternidad y de la totalidad divina de Occidente» (Rozat 1996 s.p)

a dichos dominios. En tales circunstancias la región andina central y las del Río de la Plata y Paraguay, merecieron un mayor tratamiento e interés tanto en España como en Hispanoamérica y lo mismo podrá decirse de Portugal y Lusoamérica. En cuanto a sus autores ya sabemos que fueron exploradores, soldados-conquistadores, misioneros, funcionarios, criollos, indígenas y mestizos siendo conveniente recordar que la producción documental e historiográfica que daba cuenta sobre América, su territorio, pasado y su historia del tiempo reciente (de aquel entonces), ha sido comúnmente considerada bajo la denominación de crónicas cuando en realidad hubo una gran variedad de narraciones como Probanzas, Visitas y Memoriales entre otros documentos en los que también se describía, contaba e informaba, aunque con propósitos estrictamente administrativos o legales.

Los cronistas conquistadores afirmaron la significación de la experiencia directa, de la participación en los hechos como fuente de validez para su narración. Debe tomarse en cuenta que ya en la época de los reyes católicos, y aun antes, había emergido la historia centrada en la figura del rey como parte de lo que Kagan (recogiendo los planteamientos de Bárbara Shapiro) llama la emergente cultura del hecho que recogió una tradición surgida en el ámbito de los procedimientos probatorios judiciales. Esa cultura trasladada al campo de la historia no sólo daba prioridad a las pruebas documentales, a testimonios orales si se consideraban fidedignos o de confianza sino también a la historia contemporánea pues se consideraba que los acontecimientos recientes eran los que podían ser verificados sobre la base de hechos derivados de testimonios de testigos presenciales o de documentos escritos (Kagan *Op. Cit.* p. 59). Por eso, hubo cronistas que a pesar de haber sido partícipes de los acontecimientos

procuraron respaldar sus afirmaciones con otros testimonios. Pero como hemos dicho, a pesar de todo, los relatos históricos que europeos, indígenas y mestizos perguñaron a partir del siglo XVI en nuestro continente no quedaron demasiado exentos de tradiciones orales, tanto europea como americana ya que juntas o separadas alimentaron las crónicas y los relatos que pretendían ser narraciones históricas de mayor calibre. Si bien puede decirse que las crónicas aportan a la historiografía introduciendo nuevos temas y escenarios a su vez se constituyeron desde el principio en fuentes para nuestra historia.

Ha sido señalado en numerosos trabajos que habiendo prosperado como género en Europa, entre los siglos V al XVI, la cronística sufrió cambios en sus características discursivas pues al comienzo se llamaba crónica al informe más bien escueto de acontecimientos que debían conservarse en la memoria sin que mediaran consideraciones subjetivas de quien las consignaba. Sabemos además que, ligada a las prácticas de la iglesia, estaba destinada a consignar sucesos históricos notables. Con el transcurrir del tiempo ingresan en el discurso del cronista descripciones, comentarios y reflexiones que sumados al listado inicial de datos se acercarán, cada vez más, la crónica a la historia. Es más, inclusive hacia el siglo XV las crónicas pasan a ser narraciones históricas de grandes acontecimientos o memorias biográficas escritas por un protagonista o testigo de los hechos narrados. Lo que no quita que se convierta en ficción, total o parcialmente, el objeto real sobre el que e daba cuenta, lo que dio lugar el nacimiento de un espacio imaginario (Mosert s.f.p. 4). Hay que apuntar, sin embargo, que el pensamiento y la cultura humanista y renacentista ejercerán, evidentemente, influencia en nuestra historiografía debido a la transmisión de la

cultura clásica y sus patrones que incluían utopías, mitos y leyendas que se acomodaron en el territorio del saber y creer modernos. Sabemos, al mismo tiempo que, la cronística cultivada en la península ibérica al transitar por el periodo feudal bebió de la literatura épica caballeresca y que con todos estos ingredientes en América adquiere un carácter propio vale decir, vernáculo, en la medida de que contiene tradición oral y referentes locales. Las nociones clásicas del estado de naturaleza o las edades del mundo renovadas a través del pensamiento renacentista se engarzan con las tradiciones orales del Nuevo Mundo generando patrones narrativos y de interpretaciones que aparecen en los relatos cronísticos e históricos de entonces.

Así pues, la cronística española y lusitana y, naturalmente, también la «indiana» tuvieron como antecedentes una literatura histórica de larga data que puede ser rastreada pero, de cualquier manera, el más inmediato para la cronística indiana se encuentra en la península ibérica. En opinión de Mariano Cuesta, de parte de la Corona española hubo una evolución de su interés sobre el Nuevo Mundo que se reflejó primero en la idea de conocer para gobernar y que dio lugar a una cronística oficial vinculada a la creación del cargo de Cronista Mayor de Indias en 1571 y que más adelante se concretó en la búsqueda de alcanzar el objetivo de saber para relacionarse, comprenderse y colaborar (Cuesta 2007 p. 145). Pese a que estamos citando una interpretación más cercana a nosotros en el tiempo sobre el sentido y propósitos del cargo es preciso también tomar en cuenta lo señalado, hace ya varias décadas, por Demetrio Ramos para quien la creación del puesto de Cronista Mayor y Cosmógrafo tuvo que ver con un cambio en la política, a partir de la visita practicada por Juan de Ovando al Consejo de Indias desde 1567 en adelante,

orientado a conseguir un sistema ordenador con normas fijas y concretas y basado en el conocimiento pleno del medio ambiente americano (c.f. Ramos 1963 p. 89). Asimismo, este autor indicaba que de un criterio plenamente administrativo y de una función interna de proporcionar material de trabajo al Consejo que originalmente dio lugar a la creación del cargo de Cronista Mayor se pasó a otra de carácter publicitario (*Ibidem* p.92)

Por cierto, en la mayoría de los casos fue una historiografía oficial, directamente dependiente del poder o que miraba hacia él, como cuando los cronistas escriben para darse un lugar en los acontecimientos y en la sociedad de su época. No olvidar por ejemplo que los textos elaborados en y sobre el Nuevo Mundo tuvieron, para poder ser publicados, que contar con las aprobaciones oficiales correspondientes lo que ocasionó no solo fricciones y debates entre los autores y las autoridades o que muchos manuscritos nunca llegasen a pasar por las imprentas. No puede dejarse de señalar que desde las Cartas y Relaciones correspondientes a las etapas de descubrimientos y exploraciones, que trasuntaban asombro y pecaban en cierta medida de superficialidad, a las crónicas más estructuradas que responden a encargos oficiales y también a esfuerzos personales para dar cuenta de los procesos colonizadores y que pueden llamarse más bien historias, se puede advertir una variedad de discursos que, a su vez, muestran una amplia gama de visiones, intereses y propósitos ya que, en efecto, los discursos de los cronistas reflejan compromisos múltiples: espirituales, políticos, culturales, sociales y personales.³ Sin hacer diferencias en cuanto a la dimensión y el carácter de sus obras,

³ Puede revisarse Casanueva 2002.

Esteve Barba al realizar un preliminar esfuerzo de clasificación hablaba de los tipos de «historiador indiano». Algunos de ellos serían los siguientes: el simple conquistador, a la vez escritor y soldado, que relata espontáneamente cuanto ve sin echar mano de textos ni autoridades; el historiador humanista, embebido en los autores antiguos, casi no necesita esforzarse por relacionar lo visto con lo leído e interpone intrépidamente la lente de sus lecturas entre la realidad y sus escritos; el eclesiástico, educado en el cultivo de la oratoria, se deja llevar con frecuencia al terreno del sermón, y por eso tal vez es, en su estilo, presa mucho más fácil del barroco; el indio, que sabe escribir porque le han enseñado los españoles y gracias a ellos se encuentra en capacidad de recobrar en lo posible su propia historia y el mestizo culto que lleva en su cultura las dos lenguas y en su naturaleza las dos sangres (Esteve Barba 1992. pp. 8-10).

De entre el grueso número de textos de escritos en forma de crónicas a manera de ejemplo podemos citar el trabajo del fraile jerónimo de origen catalán **Ramón Pané** [¿ Pane, Paner o Ponce?] (14...?) quien llegó a la Española en 1493 en el segundo viaje de Colón. Aunque aparentemente pese a su condición sacerdotal no tuvo una gran instrucción, aprendió una de las lenguas haitianas y tuvo a su cargo las primeras labores de evangelización en territorio tahino y recibió el encargo del Almirante Colón de averiguar sobre los ritos y costumbres de los naturales lo que permitió que hacia 1498 terminara de escribir, aunque con un estilo imperfecto, *Relación de Antigüedades de los indios*. La importancia de este texto, que fue ampliamente citado por Bartolomé de las Casas en su *Historia apologética de las Indias*, es que es el primer documento etnográfico sobre América que también resultó de utilidad para otros autores como Pedro Mártir de Anglería (Nicolau 2010 pp. 51-52).

CAPITULO VI Cómo Guahayona volvió a la mencionada Canta, de donde había antes sacado a las mujeres

Dicen que estando Guahayona en la tierra donde había ido, vio que había dejado en el mar una mujer, de lo que él recibió gran alegría, y muy luego buscó muchos lavatorios para limpiarse, por estar lleno de aquellas úlceras que nosotros llamamos mal francés. Fue puesto luego en una *guanara*, que quiere decir lugar apartado, y estando allí curó de sus llagas. Después pidió permiso para seguir su camino y ella se lo concedió. Llamábase esta mujer Guabonito, y Guahayona cambió de nombre, llamándose en lo sucesivo Biberoci Guahayona. La dueña Guabonito dio a Biberoci Guahayona muchos guanines y muchas cibas, para que las llevara sujetas a los brazos, pues en aquel país las cibas son piedras que semejan mucho al mármol, y las llevan pendientes de los brazos, y al cuello. Los guanines los llevan en las orejas, que se las agujerean cuando son pequeños; son aquéllos de metal como de florín. El origen de estos guanines dicen que fueron Guabonito, Albeborael, Guahayona y el padre de Albeborael. Guahayona se quedó en la tierra con su padre, llamado Yauna. Su hijo, de parte de padre, se llamaba Hia Guaili Guanin, que quiere decir hijo de Yauna; después se llamó Guanin, y

hoy lleva el mismo nombre. Como los indios no tienen letras, ni escrituras, no saben contar bien estas fábulas, ni yo puedo escribirlas con exactitud. Por lo cual creo que pongo primeramente lo que debía ser lo último, y lo último lo que debía estar antes; pero todo lo que escribo es según me lo contaron, y por tanto, yo lo refiero como lo supe de los indios (Pané [¿1498?] 1932 snp).

Las indagaciones de Pané y el conjunto de sus apuntes dan cuenta del precoz y generalizado interés de los europeos, a lo largo del proceso colonial, sobre el universo mítico-religioso de las poblaciones aborígenes americanas a la vez que transparenta el proceso de re-elaboración que de ese material hicieron sistemáticamente los europeos «Como los indios no tienen letras, ni escrituras, no saben contar bien estas fábulas, ni yo puedo escribirlas con exactitud. Por lo cual creo que pongo primeramente lo que debía ser lo último, y lo último lo que debía estar antes».

Varios textos del tipo llamado Relación dieron cuenta sobre la zona mesoamericana antes y durante las exploraciones y conquistas aparte de lo escrito por el propio Hernán Cortés pero quizás valga la pena destacar el relato hecho por un fraile franciscano anónimo quien hacia 1541 escribiera la *Relación de Michoacán*, capital del antiguo reino Tarasco, texto donde señala ser fiel intérprete de lo que le refirieran los indígenas viejos de la ciudad de Michoacán. También el trabajo del mestizo **Juan Bautista Pomar** quien, en 1582, compuso su *Relación de Texcoco* en la que describió la situación geográfica, los recursos naturales, los usos y costumbres y la religión junto con

información etnográfica y política del territorio objeto de su narración, que fue una tardía respuesta a un encargo formulado por la corona una treintena de años antes. Entre los documentos que dieron cuenta sobre las primeras incursiones lusitanas en Brasil es interesante la *Carta a Don Manuel do descobrimento de terra nova* escrita en 1500 por **Pero Vaz de Caminha** (1450?-1500) miembro de la tripulación de Álvarez de Cabral que camino a Calcuta se topó con las costas de Brasil. Su breve pero sustancioso relato refleja el mismo asombro y curiosidad que mostraron los españoles en textos similares y también el mismo interés por los metales preciosos.

Vio uno de ellos unas cuentas de rosario, blancas; pidió que se las dieran y se alegró mucho con ellas: se las colgó al cuello y después se las enrolló en el brazo. Y señalaba hacia tierra y después a las cuentas y para el collar del capitán, como si dijera que darían oro por aquello. (Esto lo interpretábamos nosotros así porque así lo deseábamos; más ellos querían decir que se llevarían las cuentas más el collar; lo cual nosotros no queríamos entender porque aquello no o habíamos de dar). Después regresó las cuentas a quien las había prestado. Y entonces se echaron en la alfombra a dormir, sin que tuvieran modo de cubrir sus vergüenzas, las cuales no eran circuncisas, y el pelo bien rapado (Vaz de Caminha Citado por Nicolau p.570).

Pero como sabemos, la historiografía indiana estuvo asociada directamente al poder aun cuando las páginas escritas por muchos de los cronistas dejen ver sus propios intereses o respondan a los del grupo al que pertenecen tales los casos de Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo o el Inca Garcilaso, entre otros. Siguiendo un patrón conocido en la península ibérica desde la Alta Edad Media y vigente hasta finales del siglo XVIII «los cronistas e historiadores hicieron de la historia un saber concebido de modo directo y rotundo como argumento para justificar el presente del poder de una dinastía, de una institución o de un sector social [...]en estos largos siglos se produjo una efectiva relación mecánica y unidireccional entre el poder político-social y los historiadores como avalistas del mismo» (Pérez Garzón 2003 p. 111) y es así que podemos hablar de una historia oficial entendida como aquella que cuenta con el visto bueno o el auspicio del poder y que tiene la vista puesta en la creación de un registro histórico que favorece los objetivos e intereses del gobernante o de quien detente poder (como por ejemplo, las instituciones), diseñada para seducir y orientar a la opinión pública en el presente y ofrecer a las futuras generaciones una particular lectura del pasado Todo esto marca distinciones respecto a las crónicas según sus mentores y objetivos de manera tal que se puede hablar de un interés oficial que se expresa primero en la historia *pro persona*, por ejemplo en la época de Carlos V y luego en la *historia pro patria* en la época de Felipe II (Kagan *Op. Cit.* p.24 y capítulo II).⁴

A esta historiografía pertenecen aquellas conocidas como Crónicas Mayores que, en buena cuenta fueron crónicas e historias generales hechas por eruditos

⁴ Lo dicho no debe llevar a pasar por alto que también se escribió contracorriente, no para justificar a plenitud y sin críticas a los poderes políticos, culturales, religiosos, sociales y económicos vigentes sino para denunciar y transformar o transgredir la realidad. Tales los ejemplos de las obras de fray Bartolomé de las Casas, Felipe Guamán Poma de Ayala o Rodríguez Freyle.

obedeciendo al encargo de la Corona española y en las que se pretende compilar las informaciones provenientes de documentos oficiales y otras crónicas que circulaban en España. Tal el caso de **Pedro Mártir de Anglería** (1456? —1526) quien, como sabemos, fue un humanista de origen italiano profundo conocedor de la antigüedad clásica. Hombre estrechamente vinculado a España y temáticamente a América entró al servicio de la Corte de los Reyes Católicos para dar instrucción a los jóvenes nobles residentes en ella y tiempo después escribió *Opus Epistolarum*.⁵ Este trabajo era, en realidad, un conjunto formado por ochocientas trece cartas escritas en latín entre 1488 y 1525 pero en las fechadas en 1493 y 1494, da cuenta de la llegada de Colón y sus hallazgos junto con otros temas relacionados al Nuevo Mundo poniendo énfasis en lo ameno, exótico y sobresaliente.

Otro trabajo de este autor -quien se desempeñó como Cronista Mayor de Indias- fue *Décadas del Nuevo Mundo* obra destinada a un público culto lo que sin embargo, no impidió que alcanzara hasta veintidós ediciones en latín y otras lenguas. Se sabe que empezó a escribir esta obra a partir de 1494 y terminó de hacerlo en 1526. Para entonces, las *Décadas* constaban de ocho partes, que a su vez comprendían diez libros cada una⁶. Su condición de humanista lo lleva a utilizar datos que le resultan familiares y razonables y aunque suele descalificar lo fabuloso, paradójicamente lo toma en cuenta si guarda analogía con el fabulario de la Antigüedad. Asimismo, los héroes (fueran estos hombres o mujeres) son retratados bajo patrones clásicos y además, no da relieve a los aspectos religiosos de la empresa y más bien se interesa por lo novedoso y

⁵ Obra publicada primero en España en 1530 y después en Amsterdam en 1670.

⁶ Se sabe que las tres primeras *Décadas* se imprimieron en 1516.

pintoresco del Nuevo Mundo. Se refiere a los pueblos y sus costumbres pero casi no considera su organización política.

Pese a que esta obra fue más bien un conjunto un tanto desordenado de relatos, noticias y descripciones sobre América, aparentemente debido a que su autor nunca estuvo en América, permite advertir la manera cómo se aprecia al Nuevo Mundo al comienzo de la empresa patrocinada por España y de qué manera las imágenes, estereotipos y propósitos iniciales se mantienen o transforman avanzado el proceso colonizador y también podemos averiguar qué noticias sobre nuestro continente y la porción colonizada por los españoles llegaban a su país de origen lo mismo que a Europa y viceversa.

Un caso diferente está representado por el historiador y naturalista **Gonzalo Fernández de Oviedo Valdés** quien si estuvo en Hispanoamérica puesto que viajó a las entonces llamadas Indias en 1513 formando parte de la expedición a Panamá de Pedrarias Dávila. Posteriormente, en 1532, obtuvo el cargo de Cronista Mayor. Por sus numerosos trabajos puede decirse también que fue un memorialista y puesto que escribe una historia oficial los personajes centrales de sus relatos son la nobleza o gente destacada desde los Reyes Católicos hasta Carlos V. Las obras que nos interesan son *Sumario Natural de la Historia de las Indias* -la primera historia de América impresa en España (1526) e *Historia General y Natural de las Indias* cuya primera parte se imprimió en 1535 y la segunda en Valladolid en 1557 siendo editada de manera completa en cuatro volúmenes siglos más tarde (entre 1851 y 1855).

En cuanto a las características de estos trabajos podemos decir que aunque usó como modelo a los clásicos su explicación está orientada por la idea de que el conocimiento del Nuevo Mundo y de su gente diferente servirá para conocer

mejor a Dios y sus obras. Detallista, se nota que fue admirador de nuestro continente en lo referente al medio ambiente y la naturaleza pero se manifiesta prejuicioso respecto a los pobladores nativos a quienes en general, califica de ociosos, melancólicos, idólatras, mentirosos y sodomitas, entre otras características.

Antonio de Herrera y Tordesillas (1549—1625) fue otro Cronista Mayor durante los reinados de Felipe II y III autor de *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano* conocida comúnmente bajo el título de *Décadas de Herrera* trabajo que concluyó a fines de 1598 y fue publicado en Madrid en cuatro tomos entre 1601-1615. El primer volumen abarca desde el descubrimiento de América, hasta la llegada de Hernán Cortés a México; el segundo relata la conquista de México y de la península de Yucatán; el tercero se refiere a la conquista de Perú por Francisco Pizarro; y el cuarto abarca desde la conquista de Chile por Pedro de Valdivia hasta el final del reinado de Carlos I.

A pesar de que no se ocupa de las costumbres indígenas y las características de sus sociedades sino muy brevemente, lo suficiente para hacer prevalecer sus criterios etnocentristas, su importancia radica en que incorporó muchos relatos cuyos originales se han perdido, por lo cual es tenida como un trabajo fundamental para la historia de América. Además, se considera que los retratos de los conquistadores y descubridores más importantes, son las representaciones más auténticas que se conocen además de otras representaciones gráficas como los dibujos que representan a trece incas, setenta y dos escenas de guerra, vistas de sacrificios, vistas de ciudades, indios

y alrededor de catorce mapas tomados de los Archivos privados de la Corona Española.

Dado que escribió sobre acontecimientos que no corresponden a su propia época se apoyó en documentos y trabajos publicados por otros cronistas cuando los actores de los acontecimientos narrados ya no formaban parte del escenario en el que se movía el autor pero también utilizó manuscritos de crónicas y documentos que todavía no se habían publicado. En suma, sus fuentes fueron variadas: relaciones e informes de funcionarios; informes particulares de los propios actores de los acontecimientos (a quienes conoció en su mayoría); y observaciones y detalles obtenidos de su propia experiencia. Como hemos dicho, tuvo en sus manos casi todos los textos aparecidos hasta entonces sobre el nuevo mundo como Las *Cartas* de Hernán Cortés, las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería, la obra de Pigafetta lo mismo que lo escrito por Américo Vespuccio y también la *Conquista del Perú* de Francisco de Jerez.

Los frailes Juan de Torquemada y Pedro Simón criticaron la obra de Herrera como parte de un cuestionamiento individual a este cronista y de una polémica que giró en torno a temas como no haber estado en América o lo impropio que resultaba que frailes se ocuparan en escribir crónicas. En el fondo, el debate escondía el cuestionamiento a la censura y al rol en esa materia que desempeñaba quien ocupaba el puesto de Cronista Mayor.⁷

En otro lugar hemos sostenido que la llamada crónica indiana no debe ser tenida como un mero apéndice o subproducto de la crónica medieval española sino que constituye la expresión de un cambio en la historiografía humanista y un aporte importante a la historiografía occidental. Es sabido que la visión

⁷ Sobre este asunto véase Ramos *Op. Cit.*

humanista y renacentista, lo mismo que sus patrones historiográficos alimentaron a la llamada historiografía indiana y la gran mayoría de los cronistas tuvo el convencimiento de que el curso histórico estaba marcado por la acción de las grandes individualidades y, en consecuencia, eso era digno de recordación. Los factores que obraron a favor de la llamada historiografía indiana fueron, entre otros: el afán de gloria individual y colectiva (personas, nación y corona), bajo la influencia del pensamiento humanista tendiente a destacar la significación histórica de los personajes excepcionales (Berchanski, Oliver y Piuzzi 1980 p. 153). Por eso el resto de los cronistas aun cuando escriben en medio de un ambiente en donde el juego de intereses personales o de grupo ocupaban el primer lugar no dejarán de estar marcados en diferente medida, claro está, por los moldes humanistas y renacentistas, el debate doctrinal (tanto religioso como jurídico) y las políticas de los diferentes actores (españoles, indígenas, estado español y élites nativas) lo que configuraba entonces un contexto incierto y cambiante. Pero al acercarse a objetos nuevos o al menos ignotos tuvieron que hacer del conocimiento directo un parámetro fundamental lo que ya se puede advertir con fuerza entre los «historiadores primitivos de Indias» es decir, los que primero se ocuparon de dar cuenta del territorio, población nativa y sucesos de las conquistas e iniciales colonizaciones.⁸

Si bien el estilo es por necesidad sencillo y hasta rústico en los primeros momentos, en especial cuando sus autores eran soldados de la conquista, ello

⁸ El nombre historiadores primitivos de Indias es la denominación empleada por la Colección Biblioteca de Autores Españoles (BAE) para identificarlos. Manuel Rivadeneyra (1805 - 1872) fue el primer editor español e impresor de la BAE y desde 1846 hasta 1888 esta Colección se publicó en Madrid bajo la dirección de Buenaventura Carlos Aribau.

no quita que cada cronista se adorne según usos de la época y conforme a sus propias posibilidades culturales. Para la buena disposición de las ideas y argumento los cronistas mejor preparados acudían a la retórica, arte que permitía el orden y la producción del discurso mediante sus tres conocidos grados: enseñar, deleitar y persuadir (para mover a la acción). Sobre todo porque se entendía entonces que la historia debía mostrar a los lectores que el devenir humano era el campo donde combatían vicios contra virtudes resaltando las acciones dignas de imitación (Borja 1998 p.130). En el caso de las crónicas elaboradas por los miembros del clero y las órdenes religiosas hay que reconocer que siempre terminó imponiéndose en dichos escritos el escenario americano, la experiencia del encuentro con sus pobladores originarios e incluso la formación de la nueva sociedad y por eso hacer la historia de las órdenes de alguna manera llegó más bien a constituirse en un telón de fondo para conocer a los pobladores del Nuevo Mundo y sus creencias, auscultar su pensamiento y discutir las políticas y prácticas evangelizadoras y dar cuenta de sus avances y retrocesos. Es decir que a lo largo del tiempo la narración de los hechos del proceso de conquista se amplía ya que al entrar los cronistas en contacto con hechos culturales nuevos y divergentes de los que componen su propio marco de conocimiento adquieren mayor conciencia de su complejidad y carácter diferencial (c.fr. Bravo-García y Cáceres-Lozano 2012 p. 1095).

En conjunto la historiografía indiana de las centurias diecisiete y dieciocho muestra diferencias respecto a la del siglo dieciséis ya que, en general, agotado el asombro inicial y estando en pleno desarrollo las sociedades coloniales la urgencia será discutir su problemática. A lo largo de esos siglos se sentó la base

Regalado de Hurtado, «De la tradición oral al registro escrito. Una reflexión acerca de las bases de la historiografía latinoamericana», *Summa Humanitatis*, vol. 8, nr. 2 (2016), pp.62-84

de la historiografía latinoamericana dibujada desde ese comienzo con características propias.

BIBLIOGRAFÍA

Aguila, Yves y Tausin Castellanos, Isabelle (compiladores)

Les écritures de l'engagement en Amérique Latine. Las escrituras del compromiso en América Latina. Volumen I. Presses Universitaire de Bordeaux. Bordeaux: 2002

Berchanski, Juan Carlos; Oliver, Jaime L. y Oswaldo, Piuzzi

«Algunas concepciones de la historia vigentes en la historiografía indiana del siglo XVI» *Histórica*. Lima: Vol. IV, N° 2. Diciembre 1980 pp. 137-174

Borja Gómez, Jaime Humberto

«La escritura de un texto de Indias. La alegoría como argumentación histórica» *Historia y Grafía*, UIA, número 10, 1998 p: 128-161

Bravo-García, Eva y Cáceres-Lorenzo, María Teresa «La expresión de los cronistas de indias en el contexto de la mentalidad renacentista» *Actas Congreso Internacional América Latina: la autonomía de una región. XV Encuentro latinoamericanistas españoles*. Trama editores, Madrid: 2012 pp. 1094-1102

Regalado de Hurtado, «De la tradición oral al registro escrito. Una reflexión acerca de las bases de la historiografía latinoamericana», *Summa Humanitatis*, vol. 8, nr. 2 (2016), pp.62-84

Casanueva, Fernando, «El compromiso de los cronistas coloniales» en Aguila y Tausín (compiladores) 2002 pp.77-91

Cuesta Domingo, Mariano, «Los cronistas oficiales de Indias. De López de Velasco a Céspedes del Castillo» *Revista Complutense de Historia de América* vol. 33 (pp. 115-150) Madrid: 2007

Esteve Barba, Francisco, *Historiografía indiana*, Editorial Gredos, Segunda edición revisada y aumentada. Madrid: 1992.

Kagan, Richard L., *Los Cronistas y la Corona. La política de la Historia en España en las edades Media y Moderna* Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons Historia. Madrid: 2010

Mosert de Flores, Beatriz et.al., *Funciones de la crónica en la narrativa hispanoamericana: la lucha de los discursos en la obra de ficción de Manuel Ugarte*. San Juan (Argentina) Universidad Nacional de San Juan (texto mimeografiado) s.f.

Nicolau D'Olwer, Luis, *Cronistas de las culturas precolombinas*. Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana. México: 2010 Segunda edición

Pané, Ramón, *Relación de Antigüedades de los indios* (Colección de Libros Raros o Curiosos que tratan de América) Ediciones Letras de México, 1932, copia digitalizada en Ibero-American Electronic Text Series University of

Regalado de Hurtado, «De la tradición oral al registro escrito. Una reflexión acerca de las bases de la historiografía latinoamericana», *Summa Humanitatis*, vol. 8, nr. 2 (2016), pp.62-84

Wisconsin

Digital

Collections

<http://digital.library.wisc.edu/1711.dl/lbrAmerTxt.Spa0006>

Pérez Garzón, Juan Sisinio, «Los historiadores en la política española» Carreras y Forcadell (editores) 2003 (pp. 107-144)

Ramos, Demetrio, «La institución del Cronista de Indias, combatida por Aguado y Simón» *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* N° 1, vol. 1 Bogotá: 1963 pp. 89—1005.

Regalado de Hurtado, Liliana, *Historiografía Occidental. Un tránsito por los predios de Clío* Fondo Editorial, Pontificia Universidad Católica del Perú Lima: 2010

Rozat Dupeyron, Guy, «Fronteras semióticas, escritura y alteridad en las crónicas novohispanas» *Tiempo y Escritura. Revista Electrónica-Universidad Nacional. México* N° 0 julio de 1996 [http:// www.azc.uam/type/indice-es.html](http://www.azc.uam/type/indice-es.html) [consulta 14 de mayo 2004]